

Del padre del odio al odio al padre*



SOPHIE MENDELSONH**

Unidad de Psicopatología de la Infancia y la Adolescencia (Uppea) del Hospital Sainte-Anne, París, Francia



Del padre del odio al odio al padre

Volviendo a poner en juego el mito del asesinato del padre en la era contemporánea, este artículo hace un intento por evaluar, tanto en las modalidades de organización subjetiva como en la conducción de la cura, los destinos diferenciados de la represión y de la desmentida de la figura original del padre, porque es a él a quien se dirige estructuralmente el odio.

Palabras clave: mito, odio, desmentida, represión.

From the Father of Hate to Hate of the Father

By bringing the myth of the murder of the father into play in the contemporary world, the article attempts to evaluate the differentiated paths of repression and repudiation of the original figure of the father, given that hatred is structurally aimed at him. These aspects are evaluated both in the modalities of subjective organization and in the handling of the cure.

Keywords: myth, hate, repudiation, repression.

Du père de la haine à la haine du père

À partir de la remise en jeu contemporaine du mythe freudien du meurtre du père, il s'agira ici d'évaluer dans les modalités d'organisation subjective comme dans la conduite de la cure les destins différenciés du refoulement et du démenti de la figure originelle du père, en tant qu'il est celui auquel s'adresse structurellement la haine.

Mots clés: mythe, haine, démenti, refoulement.

CÓMO CITAR: Mendelsohn, Sophie. "Del padre del odio al odio al padre". *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 87-96, doi: 10.15446/djf.n19.76697

* Traducción a cargo de Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Profesor asociado, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia.

e-mail: pesanmiguela@unal.edu.co

** e-mail: somendelsohn@gmail.com

© Obra plástica: Jim Amaral



1. Sigmund Freud, "Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos" (1913 [1912-1913]), en *Obras completas*, vol. XIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 1-162.

El mito freudiano de "Tótem y Tabú"¹ nos ha permitido detectar claramente que el padre es una creación del hijo. Antes del asesinato del padre por los hijos, lo que hace las veces de padre es una figura de omnipotencia que reina gracias al terror ejercido sobre seres cuya sumisión impide la subjetivación. Correlativamente, entonces, solo hay posibilidad de acceder al estatuto de hijo a través del acto del asesinato primitivo del padre. El ritual de la comida totémica da fe de la conversión del estatuto imaginario del padre gozón en el estatuto simbólico del padre muerto, ritual en que se conmemora el asesinato en el acto de amor de la incorporación de su sustancia, pero que abre también a otra dimensión del padre. En efecto, el goce del padre perdura, más allá de su asesinato, aun cuando en adelante sea indeterminable, de modo que el asesinato nunca es realizado de una vez por todas. El asesinato primitivo debe, en cierta forma, ser confirmado. En otras palabras, la simbolización del padre nunca se realiza totalmente; no la hay sin resto, un resto real de goce que en los términos imaginarios del mito freudiano se traduce en la demanda ultra-muerte de un honor que se rinde en el ritual que acompaña la figura sagrada del tótem en su valencia simbólica.

Freud subraya la dificultad de esta situación para los hijos, que tras el asesinato no han podido acabar con la ambivalencia del complejo paterno que le preexistía: admitamos, dice Freud, que "la banda de los hermanos" se haya visto animada por:

[...] los mismos contradictorios sentimientos que podemos pesquisar como contenido de la ambivalencia del complejo paterno en cada uno de nuestros niños y de nuestros neuróticos. Odiaban a ese padre que tan gran obstáculo significaba para su necesidad de poder y sus exigencias sexuales, pero también lo amaban y admiraban. Tras eliminarlo, tras satisfacer su odio e imponer su deseo de identificarse con él, forzosamente se abrieron paso las mociones tiernas avasalladas entretanto. Aconteció en la forma del arrepentimiento; [...]. El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida [...]. Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos [...]. El sistema totémico era, por así decir, un contrato con el padre, en el cual este último prometía todo cuanto la fantasía infantil tiene derecho a esperar de él: amparo, providencia e indulgencia, a cambio de lo cual uno se obligaba

a honrar su vida, esto es, a no repetir en él aquella hazaña en virtud de la cual había perecido el padre verdadero.²

Entonces, el problema es que el padre sobrevive a su asesinato; en otras palabras, que el hijo no puede dar por saldado el asunto y que, finalmente, se encontrará más allá con la ambivalencia, es decir, con el conflicto que había precipitado el acto. Esta ambivalencia determina los dos destinos posibles de este acto para quien ha asumido su carga: la vertiente del odio compromete la desmentida y la del amor suscita la represión. Bajo la perspectiva de la desmentida, como acabamos de verlo, es que Freud contempla las consecuencias del acto. Este punto es aclarado y retomado en “Moisés y la religión monoteísta”³, al que recurro aquí únicamente para dar apoyo a la distinción que Freud hace entre los dos destinos del acto del asesinato primordial en los dos monoteísmos en los que se interesa. Sitúa allí la desmentida como una consecuencia del odio en el judaísmo y la represión como una contraparte del amor en el cristianismo, repartición que es, no obstante, menos esquemática de lo que aquí parece, puesto que el judaísmo pone en juego también la represión.

Sin entrar en el detalle de este asunto complejo, hay dos tratamientos del traumatismo inicial, es decir, del asesinato primitivo, que son posibles, según si se lo reconoce en un recuerdo o en una representación —y esto lo hace reprimible (en este caso, lo que hace esto posible es el fantasma de redención, cuya figura de amor que carga consigo el pecado del mundo es Cristo)—, o si el acto no se convierte en representación sino que se mantiene como una escritura en lo real (la circuncisión da cuenta de ello) y solo logra inscribirse en su desmentida: en el judaísmo se trata de defenderse del odio del dios vengador desmintiendo el asesinato de Moisés. En los textos llamados culturales, Freud hace de la denegación [*désaveu*] o de la desmentida a nivel colectivo el primer tratamiento de la figura del padre real, aquel que se instaura con el acto de su asesinato. Sin embargo, ese proceso de defensa constituye un lugar psíquico diferente del inconsciente representativo al que da lugar la represión, que puede existir paralelamente, como Freud lo muestra con el judaísmo: a lo que se aplica la desmentida deviene *Unerkannt*, imposible de reconocer. Aquí no habrá entonces formaciones sustitutivas, como con la represión, sino remanencia, en la vida del sujeto a escala individual, de una sorda amenaza con dificultades para la figuración.

Si nos interesamos ahora más precisamente en el mecanismo de la desmentida, puede decirse que a lo que se apunta allí es al borrado de las huellas del asesinato, pero que lo que se crea en favor de esta operación es una extraña figura, residuo o desecho de este borrado: el padre muerto no-muerto (está muerto, pero su asesinato no es asumido por el sujeto, que por lo tanto no puede tratarlo como tal). Ahora bien,

2. Cfr. *Ibíd.*, 145-146.

3. Sigmund Freud, “Moisés y la religión monoteísta” (1939 [1934-1938]), en *Obras completas*, vol. XXIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 1-132.

es en lo real donde los efectos de esta desmentida se hacen sentir: no confirmar que el padre muerto está bien muerto —confirmación indispensable para el reconocimiento del estatuto de hijo— equivale a dejarse atormentar por él. Transformado así en espectro a través del paradójico proceso propio de la desmentida, que inscribe las huellas borradas transfigurándolas [*Entstellung*], el padre muerto no-muerto se sobrevive a sí mismo como una presencia mortífera cuyo estatuto real se traduce en una angustia sin fin. En “El yo y el ello” Freud especifica así las características de la angustia de muerte:

El único mecanismo posible de la angustia de muerte sería que el yo diera de baja en gran medida a su investidura libidinal narcisista, y por tanto se resignase a sí mismo [...]. Opino que la angustia de muerte se juega entre el yo y el superyó.⁴

Al referirse a la melancolía en que esta angustia de muerte interviene particularmente, Freud precisa que “el yo se resigna a sí mismo porque se siente odiado y perseguido por el superyó, en vez de sentirse amado. En efecto, vivir tiene para el yo el mismo significado que ser amado”⁵. Subrayo de esas indicaciones dos puntos sobre los que volveré más adelante: por una parte, la relación que puede establecerse allí entre el asesinato primitivo y una forma arcaica del superyó feroz, activo en la melancolía pero no solamente en esta, que sería la traducción en la vida del sujeto de la percepción inicial de los signos del goce paterno que constituyen lo reprimido originario [*Urverdrängt*]; por otra parte, el abandono parcial que el yo hace de sí mismo como consecuencia última de la desmentida, toda vez que, en cuanto proceso de defensa, la desmentida se aplica a un signo de percepción que, si fuera recibido tal cual, pondría en peligro la posibilidad misma de emergencia del sujeto: la contraparte del goce del padre es el borrado del hijo. Con todo, ha habido, sin embargo, una primera articulación de este goce para el sujeto. La desmentida aparece entonces como una trampa para el yo: allí donde la represión crea lo reprimido y moviliza al yo constantemente para que lo reprimido siga siéndolo, la desmentida produce lo no reconocible [*Unerkannt*] a través del proceso de la *Entstellung* que persiste en las franjas del yo, inasimilable.

Pero antes de explicitar estos dos puntos quisiera volver a la manera como el padre espectral se encuentra en el centro de una reciente formación de la cultura que vale como retoma del mito fundamental, aquel que, como lo subraya Lacan, tiene entonces relación con el asesinato del padre. *Harry Potter* lleva a escena a un muchacho que, literalmente, es perseguido por el espectro de un personaje, Voldemort, y por sus criaturas igualmente espectrales, que son lanzadas a perseguirlo para matarlo antes de que él mismo llegue a descubrir que tiene el poder de matarlos y de poner fin de esta manera al régimen de terror en el que Voldemort mantiene a toda la comunidad de los brujos a la que pertenece Harry. Lo que caracteriza al personaje de Voldemort

4. Sigmund Freud, “El yo y el ello” (1923), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 58.

5. Cfr. *Ibíd.*, 58-59.

es rehusar estar muerto, allí donde muerto está, puesto que no está inscrito en el registro de los brujos vivos. Pero no quiere saberlo. Toda la aventura de Harry consiste en mantener a pesar suyo a Voldemort en esta creencia en su omnipotencia. En otras palabras, la posibilidad para Voldemort de no saber que está muerto —es decir, entonces, de seguir siendo poderoso— es enteramente tributaria de la complicidad de Harry: este cree en Voldemort, aun cuando sabe que está muerto, y es lo que hace que se mantenga como espectro. Harry ejerce entonces su poder de desmentida hasta el límite de lo posible, es decir, hasta el punto en que es llevado a escoger, de manera explícita y definitiva, la muerte de Voldemort para conquistar su propio derecho a vivir; en caso contrario será Harry quien muera. Voldemort es una figura paterna sustitutiva: mató al propio padre de Harry porque era su rival más poderoso. Harry está entonces en la capacidad de querer matarlo para vengar la muerte de su padre, pero no se decide a ello, salvo muy al final. ¿Qué lo retiene si no el hecho de que al matar a Voldemort admitiría la muerte de su propio padre, haciendo él mismo de su padre un padre muerto? Voldemort viene a figurar en este lugar al padre muerto no-muerto, infatigable, que no cesa de volver a lo real, ese lugar de sufrimiento desde donde grita venganza. Si el padre en lo real es ese mal espíritu tan temible es porque persiste reclamando venganza. Solo el segundo asesinato permitiría que pase del estatuto de muerto no-muerto forzosamente amenazante, de muerto-vivo (padre real) a vivo-muerto (significante del nombre del padre).

Esta versión contemporánea del mito da forma también a un dilema que Freud había subrayado en la *Traumdeutung*, sin darse cuenta de toda su importancia en ese momento: en el apartado sobre los sueños absurdos, relataba de esta manera un sueño muy corto, que no era propio pero que venía en eco del que él mismo soñó en el momento de la muerte de su padre: “Se ruega cerrar los ojos [...]. Se ruega cerrar un ojo”⁶; en otras palabras, la muerte del padre es predominantemente lo que debe ser ignorado, pero también y al mismo tiempo, un ojo ve lo que el otro no quiere ver: que el padre está muerto, donde se tiene una ilustración del clivaje como resultado de la implementación de la desmentida. “Un hombre que había cuidado de su padre durante la enfermedad de este, y sufrió mucho a causa de su muerte, tuvo tiempo después este sueño disparatado: *El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía, pero (esto era lo asombroso) estaba no obstante muerto, sólo que no lo sabía*”⁷. No habría mejor forma de decir que para que el padre pueda seguir ignorando su propia muerte se requiere de la complicidad del hijo, es decir, de su silencio. El soñador sabe que el padre está muerto, pero mientras no lo informe es el único en saberlo, y puede continuar sosteniendo al padre con su creencia en la que se desmiente su saber. Se podría decir que en esta operación lo que se juega es el logro del padre, es decir, la

6. Cfr. “El trabajo del sueño, parte C. Lo medios de figuración del sueño”. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños” (1900), en *Obras completas*, vol. IV (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 323.
7. Cfr. “El trabajo del sueño (continuación), parte G. Sueños absurdos. Las operaciones intelectuales en el sueño”. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños” (1900), en *Obras completas*, vol. V (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 430.

salvaguarda de su goce por medio de la desmentida del hijo. Eso sería entonces lograr al padre (lo cual es muy diferente a amarlo): sostener su goce en el mismo lugar en que se ha ubicado su incapacidad para hacerlo por sí mismo, porque precisamente ya está muerto, pero este logro no es entonces posible sino a costa de una desmentida en la que el sujeto renuncia a su saber. Concurren aquí, entonces, dos logros: el del padre y el del hijo. El del primero consiste en utilizar al hijo para él mismo constituirse inmortal; pero en este caso no queda espacio de existencia subjetiva para el hijo, quien queda al servicio del padre muerto no-muerto. De resultas, el logro del hijo es ambiguo: o sostiene, por amor a él, el proyecto de inmortalidad del padre con su propia desmentida de su muerte, y así logra hacerlo inmortal, aunque a costa de una fuerte alienación; o acepta el asesinato por medio de la represión, el cual borra las huellas del asesinato y por lo tanto yerra el acontecimiento, pero logra en este caso ajustar su propia vida al reconocimiento inconsciente de la muerte del padre.

Esta falla original es lo que el mito de “Tótem y Tabú” tiene por objeto designar, al mismo tiempo que la recubre: Lacan ubica en su seminario *El reverso del psicoanálisis*⁸ que ese padre, el padre real cuyo goce consiste en no saber que está muerto, es lo *Urverdrängt*, lo reprimido originario, lo que no tiene que ser reprimido porque lo está desde el origen: es el equivalente estructural del asesinato primitivo freudiano. El asesinato (o más precisamente: el segundo asesinato, es decir, el reconocimiento por parte del hijo del saber relacionado con el padre muerto) es lo que hace pasar de lo *Urverdrängt*, de lo reprimido originario por estructura, que no es el resultado de una operación subjetiva, a lo *Verdrängt*, al régimen de la represión secundaria que permite al sujeto hacerse cargo de lo que le ha sido impuesto estructuralmente y subjetivarlo. Sin el (segundo) asesinato, que ratifica la falla del padre (era, pues, mortal), se continúa enfrentado al *Urvater*, a aquel que no sabe que es mortal, es decir, a la figura más arcaica y más odiosa del superyó. Como lo muestran los sueños que ya evoqué, algunas circunstancias de la vida, como la muerte real del padre, pueden reactivar al *Urvater* en las formaciones del inconsciente. Al mantenimiento activo del *Urvater* en su inquietante amenaza responde la angustia de muerte. Sin la protección de las represiones secundarias, el yo no está en la capacidad de encarar esta figura de odio que es el *Urvater*, que solamente puede querer vivir: no tiene otra posibilidad que la de disolverse o ausentarse. En otras palabras, el logro del padre se inscribe en la no-existencia del hijo. Respecto a este éxito de la desmentida (mantener en vida al padre real), la represión aparece como un fiasco necesario: es la represión lo que hace vivible al padre, es decir que su estatuto de vivo-muerto permite tener a raya al muerto-vivo...

La situación en la que se halla así el sujeto enfrentado a la desmentida me parece haberla aprehendido juiciosamente de un analizante que evocaba una fórmula

8. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-1970) (Barcelona: Paidós, 1991).

sorprendente —“Soy un farsante de oficio”— en medio de una anécdota que Derrida refirió a Lacan, el cual la usó después en una conferencia titulada “La equivocación del sujeto supuesto saber”⁹. Allí puede verse en efecto a un muchacho enfrentado al goce de su padre. Una tarde, cuando el niño de cuatro años está siendo acostado por su madre, el padre se acerca y mira la escena. El niño le pregunta qué mira, y el padre le responde que es a él a quien mira. “¿Por qué?”, pregunta el niño. “Porque eres lindo”, responde el padre. Esta respuesta desencadena inmediatamente en el niño una angustia de muerte, la cual este traduce muy literalmente, como pueden hacerlo los niños en esta edad, diciendo que esto le da ganas de morir. Preocupación de ambos padres, por supuesto, que buscan tranquilizar al niño diciéndole que lo aman. A lo cual responde el niño con una desmentida en debida forma: “No, no, todo lo que dije son mentiras”, que adereza con esta extraordinaria fórmula: “Soy un tramposo de oficio”¹⁰. Manifiestamente perturbado por este asunto, Derrida lo comenta a Lacan durante una comida. Este no le dice nada en ese momento, pero se recupera en su conferencia poco tiempo después, no sin violencia:

“Soy un tramposo de oficio”, dice un niño de cuatro años acurrucándose en los brazos de su progenitora ante su padre, quien acaba de responderle “Eres lindo” a la pregunta “¿Por qué me miras?” [...]. Y el padre no reconoce allí el impasse que él mismo intenta sobre el Otro al jugar al muerto.¹¹

Dejo de lado la dimensión interpretativa de esta fuerte ofensiva contra la posición filosófica de Derrida para proseguir con mi asunto: en su respuesta al niño, el padre lo designa como el objeto de su goce (escópico, en este caso) y se sitúa entonces él mismo en cuanto padre como gozando, y gozando de su hijo. No deja de ser importante que esta escena ponga en juego la mirada, que se inscribe del lado del hijo en el orden de la percepción: de hecho, ya es curioso que el niño le pregunte al padre por qué lo mira, subrayando así que la percepción que tiene de esa mirada lo detiene. De esta manera, el niño da fe en esta escena de lo que él ha podido ubicar: allí donde está el goce del padre, no hay vida posible para el hijo. Salvo entonces si se recurre a la desmentida, que le permite borrar lo que acaba de entrever: que allí donde el padre goza no hay lugar para el hijo, que si el hijo no logra obstaculizar el goce del padre, lo paga con su vida. Pero el borrado de ese saber tiene un precio a pagar; es un precio tal que da al sujeto sus coordenadas personales: esa desmentida hace de él un “farsante de vida”, es decir, alguien que termina llamado a tener que engañar a la muerte haciendo el muerto, jugando un poco al muerto, todo el tiempo, y haciendo de la angustia que va consigo su insignia.



9. Jacques Lacan, “La equivocación del sujeto supuesto saber” (1967), en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 349-360.

10. Cfr. Benoît Peeters, *Derrida* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013).

11. *Ibíd.*, 353-354.

Si bien la angustia de muerte es efecto en la vida del sujeto del fracaso del yo para limitar la crueldad del superyó arcaico, me parece que opera de manera diferente en cercanías de la desmentida y en la configuración melancólica, que le es, no obstante, afín. La melancolía trata el problema de la pérdida del objeto (entendida en los términos en los que aquí lo planteé: que el padre muerto sí está muerto y que se trata entonces de hacer su duelo; duelo que la represión secundaria realizaría llegado el caso) anulándola a través de la identificación con este objeto, suscitando así la cólera del superyó que ataca al yo en cuanto depositario del objeto perdido / no perdido (repito: en los términos propuestos aquí, el *Urvater* solamente puede querer vivir y, de paso, atacar lo que obstaculiza su supervivencia, por ende, el saber sobre su muerte, sobre su estatuto de objeto perdido, que corresponde al niño sostener). La desmentida, por su parte, trata este asunto de una manera un tanto diferente: para que el objeto no esté perdido basta con —por un pase de manos que hace del sujeto ese farsante de profesión— escamotear el objeto, hacer como si no estuviera perdido, hacer como si no se hubiera visto nada. De esa manera, el yo no se abandona a la ferocidad del superyó, escapa en cierta forma a esta tortura, pero queda localmente desactivado. Entonces, ese “lo que no se ha visto no se ha perdido”, que es la estrategia de la desmentida, produce, no obstante, un resto: en el lugar de la desmentida se impone lo *Unerkannt*, lo no reconocible, el espacio vacío que impide al yo ejercer su función de síntesis, rajándolo entre lo que sabe, pero no quiere saber, y lo que escogió creer. Lacan muestra en “La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”¹² la manera como un sujeto puede resultar enfrentado con lo insensato de la ley, uno de cuyos nombres posibles es lo *Unerkannt*: por poco que se presienta la impostura, a saber que el padre no es aquello por lo cual él es “exquisitamente amado”, según los términos freudianos, se tratará entonces de serle en cierta forma fiel a pesar y contra él, con una fidelidad que le apunta más allá de ese solo punto en donde él puede sostenerse: en su castración realizada por el segundo asesinato. Esta fidelidad queda marcada por una recusación.

En su versión originaria (que es necesario distinguir entonces de la versión secundaria cuya formulación da Freud en “Fetichismo”¹³ y que concierne a la castración materna), *la desmentida se presenta como un fracaso específico de la operación de identificación primaria*. Para distinguirla hay que volver al problema de la ambivalencia que caracteriza para Freud el complejo paterno, y sobre el cual ya dije al comienzo que no está regulado por el asesinato primitivo. El odio del que da fe halla su relevo en el hecho de que el padre resulta por su intermediación elevado a la función de modelo, y entonces amado en cuanto muerto. Es precisamente porque resulta posicionado así, que deviene el punto desde donde puede enunciarse el significante en que el

12. Jacques Lacan, “La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis” (1955), en *Escritos 1* (México: Siglo XXI, 2009), 379-410.

13. Sigmund Freud, “Fetichismo” (1927), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 141-152.

sujeto encontrará cómo representarse. Ahora bien, ese significante en que el sujeto se representa y desde el que aparece como sujeto, que constituye su ideal del yo, y que es el mausoleo de este amor primero e inmediato por el padre, ese significante es inseparable de la forma interdictora del enunciado en donde él se inserta y donde se puede escuchar la voz del padre vivo-muerto. En otras palabras, con ese significante, el asesinato con el que resulta realizada su individuación es remitido al sujeto en bumerán, y allí se toma acto de su odio propio. Me parece precisamente que a lo que apunta la desmentida originaria es a producir un *impasse* en el odio del hijo para desactivar el del padre si fuera reconocido muerto. En adelante se actualiza la ecuación siguiente: el padre no está muerto porque yo no lo maté; yo no lo maté porque no lo odio; no lo odio en absoluto y entonces no hay ninguna razón para odiarme. Se diferencian entonces los destinos de la melancolía y de la desmentida originaria, que tienen un punto de partida común: allí donde el yo, depositario del objeto perdido no-perdido en la melancolía, se ofrece enteramente a la crueldad del superyó, la desmentida juega en cambio a las escondidas con el superyó, le finge y, finalmente, solo se lo encuentra de verdad bajo la forma de esas presencias espectrales amenazantes, por definición inaprehensibles, que son la contrapartida de la manera como el sujeto se ha vuelto inaprehensible para sí mismo al negar su odio por el padre, por fidelidad. Porque la identificación se ha hecho “con una especie de imagen bruta del padre, imagen portadora de los reflejos de sus particularidades reales”¹⁴, reaparece en las franjas oscuras del yo un real cuasi-alucinatorio.

Esto me parece abrir perspectivas sobre lo que concierne a la dirección de la cura en contextos en que la desmentida originaria está en juego: hacer posible el odio del padre es, sin duda, y por muy paradójico que ello pueda parecer, la única manera para que se “vuelva a jugar” el sujeto en su punto de emergencia. En efecto, está la báscula del padre espectral en el origen del superyó, espectro que dispone del derecho de mirada absoluta, como lo subraya Derrida: este no-integrable que aterroriza efectivamente al sujeto, al padre castrado como padre deseante. Si esta báscula puede realizarse, es porque entre ambos ha tenido lugar un duelo, duelo de un padre que de verdad sería alguien, de un padre capaz de sostener y de demostrar su omnipotencia (aquí puede volverse a hallar la afinidad con la melancolía y con su duelo fallido); pero ese duelo, subraya Lacan en su seminario *La ética del psicoanálisis*, no podría advenir sin comprometer un “reproche [contra el padre] fundamental en la estructura del sujeto. [...] Y la función del superyó, en último término, en su perspectiva última, es odio de Dios, reproche a Dios por haber hecho tan mal las cosas”¹⁵. Con este odio se realizaría entonces, finalmente, la relación con la segunda muerte, es decir, en el “punto muerto ocupado por el padre en tanto que ya muerto. [...] punto

14. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 4. La relación de objeto* (1956-1957) (Barcelona: Paidós, 1994), 419.

15. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960) (Buenos Aires: Paidós, 2007), 366-367.

donde todo lo que se enuncia vuelve a pasar por cero, entre el sí y el no¹⁶. Donde el *no* ha advenido por vía de la desmentida primaria, el *sí* en el saber del sujeto resultaría entonces posiblemente reintroducido en la puesta en operación del odio.

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, SIGMUND. "La interpretación de los sueños" (1900). En *Obras completas*. Vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "La interpretación de los sueños" (1900). En *Obras completas*. Vol. V. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos" (1913 [1912-1913]). En *Obras completas*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. "El yo y el ello" (1923). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "Fetichismo" (1927). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, SIGMUND. "Moisés y la religión monoteísta" (1939 [1934-1938]). En *Obras completas*. Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- LACAN, JACQUES. "La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis" (1955). En *Escritos 1*. México: Siglo XXI, 2009.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 4. La relación de objeto* (1956-1957). Barcelona: Paidós, 1994.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960). Buenos Aires: Paidós, 2007.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 8. La transferencia* (1960-1961). Buenos Aires: Paidós, 2003.
- LACAN, JACQUES. "La equivocación del sujeto supuesto saber" (1967). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-1970). Barcelona: Paidós, 1991.
- PEETERS, BENOÎT. *Derrida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.



16. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 8. La transferencia* (1960-1961) (Buenos Aires: Paidós, 2003), 353.